

REINVENTAR LA IZQUIERDA

Cuando la solución es el problema

El problema de la izquierda en España no se puede analizar con rigor sin tener en cuenta la confluencia de dos problemas diferentes que hay que resolver. El uno es específicamente español y tiene que ver con la transición a la democracia, con el modelo de la Constitución de 1978 y con todos los avatares vividos en los últimos años en torno al laicismo, el republicanismo y el federalismo. El otro remite a nuestro encaje en la Unión Europea y a la propia pervivencia del modelo social europeo.

Por ANTONIO GARCÍA SANTESMASES*

¿Qué ha significado el ciclo que ahora termina con las elecciones del próximo 20 de noviembre? Es el ciclo de los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero, y que conviene dividir en dos etapas: la que abarca la primera legislatura (2004-2008), y la que se desarrolla en la segunda (2008-2011), especialmente desde el 10 de mayo del 2010 cuando se produce el giro en la política económica del gobierno.

La primera legislatura comienza con la retirada de las tropas de Irak, un gesto sorprendente para muchos. Acostumbrados a la distinción de los años 1980 entre las promesas efectuadas en la oposición y los desigños inexorables de la realidad cuando se accede a los gobiernos, muchos pensaban que Zapatero haría como Felipe González, olvidaría las razones del corazón, bajaría la cabeza y aceptaría contribuir a "la causa del Occidente imperial", asumiendo su cuota parte de responsabilidad (por decirlo en el lenguaje felipista de aquella época).

* Catedrático de Filosofía Política de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (Uned).

No lo hizo y fue a partir de entonces cuando cayeron sobre él toda suerte de improperios, de vejaciones, de insultos y descalificaciones. Toda la prensa de derechas le recordaba una y otra vez que, ante tal desacato a la autoridad imperial, nunca sería recibido por el Presidente estadounidense George W. Bush. Y en ese punto hay que decir que acertaron. Lo que a Bush le pareció una "afrenta intolerable", a los electores españoles de izquierda les conagró con una política que respondía a sus demandas pacifistas.

Cuanto más bramaban los propagandistas de ultraderecha acusando a Zapatero de relativismo moral, de estar acomplejado ante el Islam, de propagar la entelequia de la Alianza de civilizaciones, más iba siendo admirado por una parte de la opinión pública española que se sentía orgullosa de ese gesto de audacia. Esa política, que había reconciliado a las bases progresistas con la política de la izquierda gubernamental, fue acusada de "antinorteamericana" y de "antioccidental". Este reproche conectado con un intento de deslegitimación política de Zapatero producido desde la victoria electoral de marzo del 2004. Estábamos ante un Presidente "por accidente", "ilegítimo", "traidor", que ponía en peligro nuestro lugar en la escena in-



JUAN MARTÍNEZ. — Nuestra época transforma un místico en un promotor comercial —

ternacional y que estaba dispuesto a romper con los pactos de la transición.

A partir de ese momento, comenzó el ensalzamiento de los dirigentes socialistas de los años 1980 y la satanización de los miembros de la generación zapaterista. Aquellos habían sido "hombres de Estado", "serios" y "responsables", éstos eran una generación de "aventureros", "insolventes" e "incapaces" que querían abrir las heridas cerradas por la transición, fomentar un anticlericalismo trasnochado y poner en cuestión el modelo de Estado.

Hoy, cuando asistimos al final del ciclo, cuando ya se han convocado elecciones para el próximo 20 de noviembre, hay que decir que muchas de estas invectivas de la derecha mediática han hecho mella en bastantes electores del PSOE que no saben a qué atenerse, que no saben si tenían razón los dirigentes socialistas de los años 1980 o si la razón les asiste a los que se atrevieron a dar una respuesta, por tibia que pareciera a los sectores de la izquierda más radical, a los problemas de la llamada memoria histórica y a la

articulación federal del poder. Esos mismos dirigentes caracterizados como "insolventes" que apostaron por la aprobación de determinados derechos cívicos como la legalización del matrimonio homosexual.

La resistencia feroz de los sectores eclesíasticos a las reformas del Gobierno de Zapatero, las campañas en contra de la memoria republicana —que llega hasta el desatino del *Diccionario* aprobado por la Academia de la Historia y la sentencia del Tribunal Constitucional de julio del 2010 sobre el Estatuto de Cataluña— reflejan que se habían tocado puntos extraordinariamente sensibles para los sectores conservadores. Si esto es así, sería ingenuo pensar que el debate ha concluido con el final del ciclo político.

Van a ser muchos los sectores mediáticos que van a presionar para que se regrese a la "normalidad" y se alcance un pacto de Estado entre los partidos mayoritarios donde no se vuelvan a plantear estos temas. Los sectores conservadores van a presionar para intentar repetir la jugada desarrollada en contra del Estatuto de Cataluña. De la misma forma que una mayoría del Tribunal Constitucional decidió enmendarlo aprobado en el Parlamento de Cataluña, modificado en el Congreso de los diputados y ratificado en referéndum, intentarán modificar la ley del matrimonio homosexual y la modificación de la ley del aborto. El peso de los sectores confesionales más beligerantes es muy grande y no van a cejar en el empeño de modificar las leyes aprobadas por el gobierno de Zapatero, para que nada quede de aquellos años.

No van a bajar la guardia en el intento de reescribir la historia de España en una versión favorable a las tesis conservadoras y contraria a la reivindi-

El retorno de la política

A pesar de los problemas que significa encuadrar un movimiento tan heterogéneo como el 15M, su presencia trae aires nuevos a la política española. Asambleas, comisiones, debates, participación, diálogo y sobre todo un lenguaje propio. Aunque si sólo fuese por eso, deberíamos darle la bienvenida. Pero sobre todo, sus miembros han tenido la virtud de resucitar el sentido ético de la política. Rescatarla de las garras del mercado y devolverle la centralidad, que nunca debió perder en favor del poder económico.

Por MARCOS ROITMAN*

Hoy se trata de ganar una batalla: el rescate de la política. Su triunfo supondría un punto de inflexión en el proceso despolitizante, iniciado en los años 1960, cuando la banca, los empresarios y las transnacionales pasaron a la ofensiva. La supremacía del discurso neoliberal puso en circulación las ideologías afincadas en el "pensamiento débil" y el carácter flexible. "En la actualidad, el

término flexibilidad se usa para suavizar la opresión que ejerce el capitalismo. Al atacar la burocracia rígida y hacer hincapié en el riesgo se afirma que la flexibilidad da a la gente más libertad para moldear su vida. De hecho más que abolir las reglas del pasado, el nuevo orden implanta nuevos controles, pero éstos tampoco son fáciles de comprender. El nuevo capitalismo, es con frecuencia, un régimen de poder ilegible" (1).

Nuevas definiciones para nuevos tiempos. Conceptos como gobernabilidad, nueva gestión pública, alternancia y partidos *catch all*, *escoba o atrápalalo todo*, se han adueñado del espacio teórico y político. La frontera entre la derecha y la izquierda se ha difuminado con la crisis del "comunismo realmente existente"; y la socialdemocracia se adjudica la paternidad de ser, ella, la única izquierda viable y posible. "(...)Felipe González (...) afirmaba ese gusto por la libertad, cualesquiera que fueran sus riesgos, que había, en cierto modo, gobernado todas sus decisiones políticas y que iba a continuar gobernándolas: el socialismo democrático contra el comunismo; la economía de mercado contra el estatismo dirigista; la pertenencia a la alianza de países democráticos contra el aislacionismo o el neutralismo tercermundista" (2).

Tras la debacle del bloque del Este, la URSS y el pacto de Varsovia, los partidos comunistas occidentales y la izquierda anticapitalista se precipitaron al vacío con una crítica suicida. Tiraron al niño con el agua del baño. Frustración y harakiri. La idea de derrota se extendió entre sus militantes. La diáspora política concluyó con muchos de sus cuadros, por decepción o pragmatismo, en la derecha neoliberal o la socialdemocracia.

Mientras tanto, la revolución neoliberal campaba a sus anchas despolitizando y culpando a las víctimas de la crisis del Estado del bienestar: "Demasiadas demandas democráticas y extensión de los derechos sociales acarrean ingobernabilidad", afirmaban. Un argumento justamente criticado por José Vidal-Beneyto: "Desde la óptica neoconservadora se sostiene, en defensa del sistema capitalista, que la crisis de la democracia, y su expresión más patente —que es la crisis de gobernabilidad—, se debe a la multiplicación de demandas, tanto políticas como sociales que se dirigen al Estado democrático y que van desde una exigencia caótica y descontrolada, por parte de los ciudadanos, de querer intervenir en todos los procesos políticos, hasta un incontenible aumento de los gastos públicos, en especial en educación y protección social. Todo lo cual, como defiende el informe de la Trilateral de Crozier, Huntington y Watanuki, no sólo hace inviable la satisfacción de una voluntad de continua participación política, que se compadece mal con la complejidad propia de las sociedades contemporáneas, sino que, en el ámbito social, no puede, por razones económicas, responder de manera satisfactoria a tantas peticiones. Lo que tiene como consecuencia la degradación de los servicios que presta. Degradación que genera un descontento, cada vez más amplio, entre los beneficiarios a los que se destina, que fragiliza el funcionamiento de las instituciones, y reinstala, en el mismo cogollo, el cuestionamiento sobre la legitimidad democrática del sistema capitalista" (3).

Lo dicho tiene consecuencias dramáticas en la construcción de una ciudadanía política inclusiva. El discurso neoliberal caló hondo y cambió, sin duda, la forma de concebir la po-

lítica tanto como la democracia y sus fines. El pragmatismo ha sido el vellocino de oro codiciado por los políticos en activo. Y la política con mayúsculas se ve arrinconada y menospreciada en pro de una visión instrumentalista, cortoplacista, prescindible y oportunista. Su papel se reduce a ser correa de transmisión de las transnacionales. La pregunta: ¿para qué sirven los políticos? circula entre la indignación y la incredulidad. Mientras tanto, a la democracia, secuestrada y maniatada, se le asigna un rol espurio: legitimar la economía de libre mercado.

El político se transforma en un *impuls* de consumo, una mercancía que vender. La ley de la oferta y la demanda entra a dirigir la política. Las agencias de publicidad deciden el discurso, la vestimenta, diseñan la imagen y los eslóganes para los potenciales consumidores. El *photoshop* se generaliza. En Madrid, la manipulación en la imagen de Esperanza Aguirre es un arte. Aparenta treinta años menos. La mentira se sobrepone al sentido común. El marketing político es el referente. En este mercado electoral, contar con recursos económicos es imprescindible. Se requiere dinero, mucho dinero para consolidar la "democracia de mercado". Los prestamistas, bancos en su mayoría, compran su plácet y los partidos se hipotecan. Las deudas son un buen amarre para torcer voluntades. Con dinero se puede gobernar desde la trastienda o comprar gobernantes.

(1) Richard Sennett, *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama, Barcelona, 2ª edición 2000, p. 10.

(2) Jorge Semprún, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Tusquets editores, Barcelona, 2011, p. 48.

(3) José Vidal-Beneyto: *La corrupción de la democracia*, Catarata, Madrid, 2010, p. 54.

* Profesor de Estructura Social en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Es autor, entre otras obras, de *La formación de conceptos en ciencias y humanidades*. Siglo XXI, México, 2006.

cación de la memoria republicana. Tampoco es un tema en el que quepa imaginar que, una vez desbordados los estrechos límites del proceso de transición, esta cuestión vaya a desaparecer de la escena pública.

Donde está la gran diferencia es en el tratamiento del problema de Europa. El Gobierno de Zapatero trató de reorientar la política internacional española seguida en los años de José María Aznar (1996-2004). Para ello era imprescindible fortalecer el papel de Europa en la escena internacional. Son los años de la reivindicación del eje franco-alemán, de la vieja Europa, frente a la nueva Europa dispuesta a alinearse incondicionalmente con Estados Unidos. Son los años en los que Colin Powell (Secretario de Estado norteamericano) se queda en minoría en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Volver a Europa era el deseo de muchos electores españoles que habían abominado de la guerra de Irak y habían llenado las calles en contra del "trío de las Azores" (Bush, Blair, Aznar).

La retirada de las tropas de Irak, la apuesta por un ministro como Miguel Ángel Moratinos (resistiendo las presiones a favor del nombramiento de Javier Solana como Ministro de Exteriores) se enmarcaron en un proyecto donde España quería ser la primera en suscribir la Constitución europea, y estaba dispuesta a encabezar entusiasta el "gran paso adelante". Un paso que una parte de la opinión pública entendía imprescindible para afianzar una Europa líder frente a los Estados Unidos de Bush, y dispuesta a implicarse en los problemas del Mediterráneo, el conflicto de Oriente Medio y en la incorporación de Turquía a la Unión europea.

Programa tan ambicioso hizo que, en España, no se discutiera ni poco ni

mucho acerca de las bondades y las limitaciones del proyecto de Constitución Europea. De ahí la sorpresa ante el 'no' en el referéndum en Francia del 29 de mayo del 2005. Nada parecido a los debates entre Gunter Grass y Oscar Lafontaine o entre las tesis de Jürgen Habermas y las de algunos intelectuales franceses se produjo en España. Y no fue porque en España no apasionen los debates internacionales. La razón es más profunda y remite a la historia de España en el siglo XX.

Volviendo la mirada al pasado veremos por qué, sin embargo, esa situación no se va a poder mantener y estamos en el inicio de una nueva etapa, y ante el final de un ciclo político.

Si recordamos lo ocurrido en los años 1980 podemos ver la diferencia. El debate sobre la permanencia de España en la OTAN provocó la intervención de los intelectuales más importantes de aquel momento como José Luis Aranguren, Manuel Sacristán o Rafael Sánchez Ferlosio, y la irrupción de movimientos sociales (Comisión anti-OTAN) que conectaban con los debates protagonizados en Europa por los movimientos pacifistas, favorables a la distensión y al desarme nuclear. Todo aquel clima cuajó en España porque existía el recuerdo del apoyo inequívoco de Estados Unidos a la dictadura de Franco. No era posible vender las bondades democráticas de una Alianza militar que había apoyado una dictadura.

A diferencia de Estados Unidos, Europa aparecía como el marco imprescindible para alcanzar una democracia plena, como la meta a la que no pudimos acceder tras el final de la Segunda Guerra Mundial, por los imperativos de la Guerra Fría. Un lugar en el mundo que había conseguido superar la crisis de los años 1930 y alcanzar los años

dorados del Estado del Bienestar. Mientras los europeos conjugaban prosperidad económica con pleno empleo, desarrollaban los derechos económico-sociales y fomentaban la redistribución de la riqueza, los españoles soportamos la dictadura, nuestros trabajadores emigraban, los sindicatos y los partidos de oposición estaban prohibidos y el falso consumismo tapaba la realidad de un Estado dictatorial.

Queríamos salir de ese pasado tenebroso, homologarnos—como fuera—con Europa e incorporarnos a la Unión cuanto antes. De ahí la unanimidad en torno al proyecto europeo frente a la confrontación que provocó el ingreso en la

OTAN. La pregunta es: ¿hemos hecho desde entonces un debate sobre lo que implica el actual proyecto europeo?

La respuesta es: no. Las consecuencias más relevantes del actual pacto del Euro como son la limitación radical de la soberanía de los países, y la imposición de una única política económica que vacía de contenido la práctica de la democracia, no aparecen ni por asomo en las posiciones de la derecha política que sólo trata de endosar la responsabilidad de la crisis financiera actual a las decisiones del gobierno de Zapatero. Quiere convencer a la opinión pública de que todo se debe a la maldad de ese hombre que nunca debió llegar a gobernar.

¿QUÉ EUROPA QUEREMOS?

La izquierda mayoritaria, formada por el PSOE y los sindicatos de clase, tampoco han estado muy interesados en discutir sobre el tema en profundidad. Han seguido repitiendo el estribillo de que lo que necesitamos es "más Europa". Es un error. Lo que necesitamos es saber qué Europa queremos (1).

De ahí el interés del movimiento del 15 M. Su importancia estriba en que, gracias a estas movilizaciones, vuelven a aparecer las auténticas preguntas. Ante una política en la que no cabe hacer otra cosa que cumplir lo que nos mandan desde fuera: ¿cómo distinguir entre derecha e izquierda? La importancia del clamor del 15 M se ha dejado sentir en todos los ámbitos de la vida política española. Entre otros en el discurso de presentación del candidato del PSOE Alfredo Pérez Rubalcaba. Se preguntaba éste cómo no iban a existir diferencias entre políticos como Mandela y Le

Pen o entre Thatcher y Lula. Los ejemplos estaban muy bien traídos a escena pero al remitir a políticos que se mueven en lugares distintos no responde a las inquietudes de los "indignados". Cuando éstos dicen que no se sienten representados hay que preguntarse por las diferencias entre la derecha y la izquierda en Grecia o en Portugal, por ejemplo, cuando, gobierno quien gobierne, los mercados y Bruselas imponen una única política económica, que está acabando con el modelo social europeo.

La importancia del 15 M está en recordar que no es posible mantener las instituciones democráticas sin comprender que el pacto social de posguerra provenía de la necesidad de alcanzar un consenso entre fuerzas que habían sido antagónicas. Al vaciar de contenido la democracia desde los poderes económico-financieros es el propio modelo europeo, todo él, el que queda puesto en cuestión. Por ello no cabe pensar que

invocar una vez más el europeísmo si-gue siendo la solución a nuestros problemas. Hoy la solución se ha convertido en el problema.

Los problemas que aparecieron en la primera legislatura de Zapatero no van a desaparecer, y la crisis del modelo europeo se va a agudizar. Los problemas de la memoria histórica, de la laicidad y de la articulación territorial del poder no van a desaparecer por más que un pacto entre el Partido Popular y los nacionalistas catalanes trate de echar tierra sobre la memoria histórica, de atender a las peticiones eclesíásticas y de reducir la querrela territorial al pacto fiscal. Ese pacto PP/CIU ya ha comenzado y puede perpetuarse en los próximos años pero no es previsible que federalistas y republicanos, laicistas y feministas vayan a desaparecer de escena.

El nuevo debate sobre "qué Europa queremos" va a afectar de una manera sustantiva a los partidos y a los sindicatos mayoritarios. Serán muy fuertes las presiones para que un PSOE en la oposición suscriba un europeísmo acrítico, como corresponde a un partido "con vocación de gobierno", y serán también muy fuertes las presiones para que los sindicatos mayoritarios no trasciendan los límites de los acuerdos corporativos.

Pero el malestar social va aumentando, y la emergencia de una nueva izquierda (como la que representa el Movimiento del 15M) no permitirá que esa política la puedan asumir partidos y sindicatos sin un gran coste social. También para ellos—lo quieran o no—la solución se ha convertido en problema. ■

ANTONIO GARCÍA SANTESMASES
© LMD EN ESPAÑOL

(1) Léase: Ignacio Ramonet, "Cambiar el sistema", *Le Monde diplomatique en español*, agosto de 2011.



JUAN MARTÍNEZ — El crepúsculo es estremecedor gracias a mi presencia —

El descrédito de quienes ejercen cargos públicos electos por votos se ha generalizado, salvo excepciones. Los dirigentes de partidos y sus líderes son visualizados, con o sin razón, como cráspulas cuyo objetivo se limita a esquilmar fondos del erario público para aumentar sus cuentas bancarias. Dedicarse a la política, en estas últimas décadas, se relaciona con ascenso económico, aumento de poder e impunidad. El escándalo y el espectáculo mediático,

son los puntos de referencia para hablar de los políticos. La mentira y la corrupción su glosa.

El último barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), de julio de 2011, es desalentador. A la pregunta nº7 del cuestionario: "¿Cuál es, a su juicio, el principal problema que existe actualmente en España? ¿Y el segundo? ¿Y el tercero?". En primer lugar, con un 81,3%: el paro. En segundo, y con un 49,6%: los derivados de índole económica. Y,

en tercer lugar, con un 24%, aparece de manera clara, la clase política y los partidos políticos, por delante de la inmigración, que obtuvo un escaso 10% (4).

¿Cómo hemos podido llegar a semejante situación? Desde luego, la respuesta, en parte, está en lo expuesto. Resulta lacerante que un 24% de la población considere a la clase política—y la política en sí—, un problema y no parte de la solución. Actualmente, hay que hacer verdaderos esfuerzos para convencer a los ciudadanos del beneficio que supone, para una sociedad democrática, la existencia de organizaciones políticas, partidos y movimientos sociales, como representantes de los intereses generales y el bien común. Primero el abstencionismo, y ahora el rechazo visceral, encuadrado en los eslóganes como: "No nos representan", o "No somos mercancía en manos de políticos y banqueros". No por otro motivo, se pide el retorno de la política con mayúsculas.

Este rechazo hacia la política suele dirigirse con mayor vehemencia hacia aquellos que concentran el voto: los partidos mayoritarios. Su mayor peso institucional les hace ser el blanco de la crítica, pero es homologable a casi todos. Sin embargo, la crítica más peligrosa, proviene de quienes, aprovechándose del descrédito de la política, lanzan alternativas totalitarias. Europa y España caminan por esta cuerda floja. La emergencia de partidos xenófobos y racistas, junto con un discurso chovinista gana adeptos, minando el desarrollo democrático. En las últimas elecciones autonómicas, hemos visto como, en Cataluña, el Partido Popular ganó alcaldes culpando de todos los males, (desempleo, colapso sanitario en las urgencias, baja calidad de la educación

pública, aumento de la inseguridad, violencia machista y robos) a los inmigrantes. Este discurso, ciertamente explosivo, le hizo ganar votantes en las filas de los sectores más castigados por la crisis. El enemigo se visualiza como el extranjero y el "otro". Ni que decir tiene que lo sucedido en Noruega, la masacre de jóvenes adscritos a la socialdemocracia, se inscribe en esta lógica.

El escenario que se dibuja no es halagüeño. Tampoco la valoración de los dirigentes políticos. Si la política no se considera parte de la acción democrática, los políticos no aprueban en su trabajo. No hay dirigente de partido político, mayoritario, minoritario, regional o nacionalista que apruebe. Todos suspenden. Y, salvo Josep Antoni Durán i Lleida, de CiU, con un 4,02%; el resto tiene una nota que oscila entre el 2,7% y 3,9%. Como siempre, si la encuesta se hiciese entre pueblos de menos de diez mil habitantes el resultado, seguramente sería otro.

El malestar social se ha generalizado, pero en esta ocasión conluye con un desborde de lo popular y la posibilidad de romper el cerco impuesto por los mercados. Muchos votantes del PSOE rechazan la forma en que el Gobierno de Zapatero encara la crisis. El llamado "giro a la derecha" resta credibilidad al discurso de los socialistas. La consecuencia inmediata ha sido la contundente derrota electoral en las autonómicas y municipales del pasado 22 de mayo.

En este momento de indignación y propuestas ¿podía acaso esperarse otro resultado? ■

MARCOS ROITMAN
© LMD EN ESPAÑOL

(4) Véase Centro de Investigaciones Sociológicas. CIS. *Balance de resultados*. Estudio nº 2.909, julio 2011. 28 páginas.